

**Nº21- Miguel Illescas: «Magnus Carlsen es un poco friki; si no lo fuera, seguramente no sería tan bueno»**  
**Publicado por Juan José Gómez Cadenas**



La lucha contra el destino, el que dibujan otros, es un tema clásico de la civilización occidental. El ajedrez, infinito en metáforas, abundante en luchas, define un paisaje de mentes solitarias dialogando en silencio. Frente a EDAMI, la academia de ajedrez del Gran Maestro Miguel Illescas Córdoba (Barcelona, 1965), hay una puerta grande, alta, con un motivo vegetal pintado de un verde sobrio, un tanto desgastado: es una señal, el portal es humilde, hecho de una madera poco noble que se resiste a su destino de caja de frutas. «Antes seré un portal con intención que una puerta mediocre pintada y repintada», parece decir esa madera vieja y desvaída. Como el portal, Miguel nos cuenta cómo escapó a un destino oscuro, cómo luchó y cómo llegó a ser uno de los mejores ajedrecistas españoles, instalado aún en la élite mundial del juego ciencia.

**Cuéntanos cómo empiezas en el mundo del ajedrez, cuándo te das cuenta de que tienes una capacidad especial.**

Empiezo a jugar de pequeño, con siete u ocho años. Dicen que para desarrollar tu talento tienes que empezar a los cuatro o los cinco años. En mi caso, entonces, empecé tarde, y al principio, todo hay que decirlo, no presté mucha atención al juego. Recuerdo que empecé porque me puse enfermo de varicela: el vecino de arriba bajaba todos los días a jugar conmigo. Ahí fue cuando empecé a cogerle el gustillo. Luego empezaría a echar partidas con mi padre, que me pegaba palizas tremendas. Un día íbamos 13-0, y gané una

yo... Me queda la duda, visto ahora en perspectiva, si fue que me dejó ganar, por aburrimiento.

Y ya fue en un cumpleaños, el 1 de enero del 77, cuando mi padre me llevó a un club de ajedrez. Acababa de cumplir los once. Ese mismo año empecé a competir, y tuve bastantes éxitos durante mis primeros torneos: quedé campeón infantil de Cataluña y estuve a punto de categoría en mi primera competición. Me acuerdo de aquel club, un lugar antiguo, los rivales me echaban el humo a la cara... Era un mocoso. Me atraía mucho la parte científica del ajedrez; tengo una mente muy analítica. Me enganché también porque veía que ganaba. Pero no es que supiera que tenía un don especial, tuve una infancia muy complicada, de la cual casi prefiero no acordarme; no tuve oportunidad de pararme a pensar en esto, en si tenía o no talento. Estaba siempre muy ocupado haciendo cosas. Luego empecé a trabajar en informática, hasta que me dediqué profesionalmente al ajedrez cuando llegué a Gran Maestro.

Sí recuerdo que hubo un momento en el que tenía una sensación de invencibilidad. Iba a los torneos, a jugar las partidas, sabiendo que iba a ganar. Era superior a los rivales, hacía puntuaciones muy altas. Fue ahí tal vez cuando me di cuenta de que no jugaba mal. Tendría catorce o quince años.

### **¿Cuándo te das cuenta de que puedes llegar a maestro internacional?**

Cuando me dedico profesionalmente es en el año 86. Participé en la Olimpiada de Dubai, y ahí ya jugué con los mejores del mundo, hice un gran papel. Al regresar — entonces tenía una cartera de clientes, una empresa informática— le pasé todo el negocio a mi socio para dedicarme de lleno al ajedrez. Tenía invitaciones de EE. UU., de Asia... torneos por todo el mundo. Era algo irresistible para un chico de veintitantos años. Hay que decir que gané partidas muy bonitas, y me sentí muy bien. Tomé conciencia de que podía ganarme así la vida.

### **¿Tuviste algún tipo de obsesión por llegar a Gran Maestro?**

Todo el mundo que se dedica al ajedrez sueña con llegar a ser gran maestro. Pero esto es como el que quiere dejar de fumar: no basta con intentarlo. Y a mí lo que me pasaba es que tenía tan claro que iba a ser gran maestro que no me preocupaba el título. Era una rutina, algo que iba a conseguir: en el 86 llegó la primera norma y en el 88 ya me dieron el título. Me costó un año y medio.

Sin embargo, tengo un lapso entre los trece y los dieciocho, cuando aparte de a la informática me dedicaba a otras cosas; no aproveché bien unos años que son decisivos en la formación de un ajedrecista. Tal vez hubiera podido llegar a más. Fueron años... no digo que perdidos, pero sí fue una lástima. Ahora veo mis partidas y me doy cuenta de lo que pasaba, de cómo no daba el salto porque no me estaba dedicando seriamente al ajedrez.

**Hay una novela en la que un pianista de talento genial está obsesionado porque a los once años pierde seis meses y se dice que entonces ya no va a llegar al tope. Es un poco lo que estás diciendo, alguien como tú, que ha llegado a prácticamente todo en el mundo del ajedrez.**

Aunque nunca he hablado de este tema, voy a hacerlo ahora, porque creo que se pueden extraer ciertas lecciones. Estuve algún tiempo rozando el mundo de las drogas, fueron cuatro o cinco años terribles para mi desarrollo ajedrecístico. Al mismo tiempo también estaba estudiando informática, trabajando en varias cosas. Recuerdo que con dieciocho años me contrataron para jugar como profesional en los casinos... La cantidad de horas que perdí contando cartas en el blackjack, y haciendo programas, estadísticas... Inenarrable.

**Eres un chico de tu época, de los ochenta, que hubo de buscarse la vida.**

Sí, claro. Estudiaba y trabajaba al mismo tiempo. Aprendí a programar enseguida. Cuando el profesor explicaba cómo era yo me decía: «Si esto es como el ajedrez». Tuve la suerte de que el ajedrez me ayudó mucho en toda esa etapa, primero a conseguir un trabajo y luego también a superar una fase perniciosa, a alejarme de aspectos muy negativos. Muchos de mis amigos acabaron muertos; yo salí adelante.

También es cierto que siempre he sido una persona a la que le ha gustado mucho aprender. Una vez asistí a una conferencia donde se hablaba del cerebro humano, donde se decía que aprender cosas nuevas es muy estimulante para el cerebro, se establecen nuevas conexiones neuronales, etc. Supongo que a vosotros, que sois del mundo de la ciencia, también os pasará. Me ha gustado, de siempre, el conocimiento puro. Tenía un profesor que me decía que me tenía que haber dedicado a la física o a la química. Me gustaban mucho esas materias en el colegio.

Para ser bueno en el ajedrez, sin embargo, tienes que ser un fanático, estar obsesionado con ello. Conozco a muchos grandes ajedrecistas. Y fuera del ajedrez por supuesto son personas inteligentes en unos ámbitos, pero no se trata de una inteligencia versátil que puedes encontrar en otro tipo de profesiones; es una inteligencia fanática, especializada en jugar al ajedrez. Y en ganar. Al final es un deporte, se compite; eso lo aleja de la ciencia.

No os voy a engañar, en fin, soy muy competitivo. Los finales de los ochenta, además, fueron muy buenos años para el ajedrez. Había buenos torneos, se cuidaba mucho el juego, tenía mucho prestigio. Veníamos de los setenta, del fenómeno Bobby Fischer, luego la rivalidad Karpov-Kasparov... Era algo muy popular, salía mucho en televisión. Yo tenía una página en el diario Marca, donde transmitía los torneos, etc. No era como ahora.



**Te sirvió también lo que tuviste que luchar, ese espíritu luchador.**

Sí, sí. Mi principal cualidad era que tenía mucho carácter. Y lo usaba en el ajedrez. El otro día me preguntaban en una entrevista, dentro de las charlas que doy con relación al uso del ajedrez en la empresa, qué se le podía decir a una persona que está en paro, qué uso le podía dar al ajedrez. Hay una frase que no sé si he leído en alguna parte, y es que cuantas más dificultades tienes en la vida más fuerte te haces, inevitablemente. Si sabes usar esa fuerza en tu favor, en el momento oportuno, quizá llegará el día en el que podrás resarcirte, aprovechar y usarlo en tu favor. Sin duda, yo era un jugador muy competitivo, gracias en parte a lo que la vida me ha enseñado. Quizá me faltaba mucha escuela, me he dado cuenta después. No porque no trabajara, pero a lo mejor lo hacía en la dirección equivocada.

El primer entrenador que tuve, el ruso Boris Zlotnik, me sorprendió mucho. Yo ya era un gran maestro, y el hombre me hablaba en un idioma que no entendía. Me decía: «Venga, vámonos a correr». Y yo alucinaba... «Cómo que a correr», pensaba. Él me explicaba que teníamos que empezar la mañana corriendo. A cero grados, en León. Luego me decía que teníamos que hablar: «Vamos a hablar de tus rivales». Y comenzábamos el análisis, a desgarnar un perfil psicológico que era algo a lo que yo nunca había dado mucha importancia. De pequeño, si no tienes una buena guía, adquieres muchos vicios. Yo, por ejemplo, era experto en aperturas que no valían para nada, aperturas muy malas. Tenía una educación ajedrecística malísima. Es algo de lo que me di cuenta mucho después. Intenté corregirlo... ya en el año 91, 92. Pasé de ser el número cien a ser el número treinta del mundo. Pegué un salto enorme. Me mantuve entre los treinta o

cuarenta mejores del mundo del 92 hasta el 93. Fue el periodo en el que yo jugué mejor. Ahora miro atrás y digo... «¡Qué tarde! Tenía treinta años ya». Pero es que realmente mi vida no me permitió llegar ahí antes: los errores que cometí, la necesidad de trabajar para ganarme la vida, la mala base que tenía.

**Vamos ahora a dar un salto hacia el ajedrez en España. Empecemos con una serie de personajes, dínos qué significan para ti dentro del panorama del ajedrez: Luis Ramírez de Lucena.**

¿Te refieres al inventor de la posición de Lucena? No lo conozco mucho, creo que no se sabe mucho acerca de su vida. Lo que sí conozco es su famosa aportación, la posición que dio la vuelta al mundo y que tiene un mérito enorme. Hay estudios exquisitos sobre esto. Además, ejemplifica muy bien la esencia del ajedrez, porque lo que lo hace más bonito es la lucha del espíritu contra la materia, el peón puede ganar a la dama, David contra Goliat... Es muy bella la posición de Lucena por cuanto tiene de sencilla.

Siempre, en todas las pequeñas incursiones que he hecho en otros campos aplico una máxima del ajedrez que casi siempre me funciona: las soluciones buenas casi siempre son sencillas.

**Ramón Rey Ardid.**

Hombre, le tengo un cariño especial. Le conocí personalmente. Era una persona muy educada; es quizá esa la primera palabra que te viene a la mente cuando piensas en Rey Ardid. Era también muy culto, muy modesto y muy estudioso. Tenía además un perfil académico: como doctor que era, compiló una obra fabulosa, enciclopédica, sobre los finales de partida, una obra que aún hoy sigue siendo una referencia, de las mejores que se han publicado en la historia de la literatura, incluyendo la anglosajona y la soviética.

**Arturo Pomar.**

También le conozco. He jugado con él. Ahora está jubilado. Tuvo una vida muy difícil. Creo que acabó quizá un poco desequilibrado por las dificultades por las que pasó, lo mucho que abusaron de él, esa agenda imposible a la que le sometían. A un niño no se le puede machacar tanto. Como niño prodigio tuvo una agenda demasiado cargada.

**Un Joselito del ajedrez...**

Sí... y cuando llegó la hora de la verdad, cuando tuvo que jugar ya con los grandes, no tuvo el apoyo necesario. En aquel torneo interzonal, que era muy duro, él acudió sin ningún analista, cuando todos los jugadores, que eran de élite, iban muy bien pertrechados. En el caso de los soviéticos con todo tipo de ayudantes, masajistas, psicólogos, entrenadores... Arturo no podía competir con eso.



### **¿Y Miguel Illescas? ¿Qué significa para el ajedrez español?**

No sé... Creo que he hecho alguna aportación a la promoción del ajedrez en España, a su desarrollo. Creo también que siempre he sido muy respetuoso con este deporte. Quizá porque cuando amas algo lo respetas, nos hemos tratado con bastante cariño. Pero no me gusta pensar en pasado. Es mejor pensar en futuro, creo que me queda mucho por hacer todavía.

Sí que estoy en algún aspecto orgulloso, contento de lo que he hecho, siempre sin perder de vista lo que decía antes, que soy una persona muy exigente: conmigo mismo por fortuna, con los demás por desgracia. No estoy nunca del todo contento, siempre pienso que lo podía haber hecho mejor. Me considero un promotor del ajedrez, dirijo la única revista de ajedrez que se hace en España. Hemos desarrollado junto con otra gente como Carlos Penín un portal durante catorce años, [www.jaquemate.com](http://www.jaquemate.com), que durante los años 99 hasta el 2012 contó con la colaboración de la Fundación Telefónica... Ha sido una fuente de conocimiento, de cursos gratis. Partidas ahí se jugaron millones, gracias un poco, entiendo, al trabajo que hicimos.

Como jugador creo sinceramente que no he conseguido tampoco nada especial. En España nunca ha habido tampoco un nivel muy exigente, no es Rusia, aun cuando ganar siempre es difícil. Pero, vamos, no voy a pasar a la historia del ajedrez. Pasé la barrera de 2600, cosa que no es nada especial.

[Esto último lo remarca con la misma seguridad con la que se siente pionero en la divulgación del ajedrez, pero nosotros sabemos que no debiera ser tan modesto. Los

números no engañan: cuando Miguel consigue pasar esa barrera de 2600 puntos de ELO solo había treinta ajedrecistas por delante de él en todo el mundo. Y aún más importante que ello, Miguel abre la puerta del ajedrez mundial a España. De alguna manera, él representa, para el ajedrez, a la propia transición española desde los años oscuros de la dictadura hacia nuestros días].

**En nuestros días tenemos ya grandes ajedrecistas como Paco Vallejo, que fue además alumno tuyo, ¿no?**

La palabra alumno aquí... Descubrí a Paco (y digo descubrí porque él tenía cinco años) cuando llegué a Menorca; me dijeron: «Vas a jugar con un chaval que ya verás, ya». Recuerdo que le salí de caballo, a ver qué tal, le jugué un poco raro. Y me jugó muy bien, me hizo cinco o seis jugadas teóricas. Era evidente, claro, que él no sabía que eran teóricas. Pero tenía lo que tenía, he was a natural, que dicen los americanos. Muy pronto conseguimos llevarlo al mundial de edades donde en su primera participación creo que ya quedó tercero. Y lo hicimos sin apoyo de la federación, que no quería llevarle. Conseguimos fondos por nuestra cuenta. Fue de entrenador Javier Ochoa, yo no tenía tiempo.

Paco trabajó mucho el ajedrez, y ha conseguido cosas importantes. Ha logrado estabilizarse, lo cual es muy difícil. Lleva como diez años en la élite. La pena, quizá, es que no ha logrado desarrollar todo el potencial que apuntaba. Algo ha pasado. Tendríamos que preguntárselo a Paco. Hace poco me contó que le costaba ya pasar de esa barrera, que lo intenta, pero que no lo consigue. Llega un momento en la vida en que no basta con querer. Esto lo aprendí yo en un match contra Ljubojević: jugamos ocho partidas. Él me ofrecía tablas, y se suponía que yo, por respeto a las canas, debía acceder. Y me decía: «Oye, es que no basta con querer». Quedamos las ocho veces en tablas. A ese nivel todos trabajan mucho, hay mucho talento, la mayoría tiene muy buenos entrenadores, mucha escuela... Ya depende de otros factores. Habiendo trabajado con Kramnik te das cuenta de las diferencias entre él y Vallejo. Las hay. Encuentra lo mismo, pero más rápido. Vallejo tiene la capacidad, la encuentra; pero Kramnik la ve enseguida. Creo que en parte es innato.

**Antes, hablemos del fenómeno de Magnus Carlsen.**

Hice con él tablas una vez, por cierto, cuando era un niño. Se dice que si no les puedes ganar de pequeños luego ya es imposible... Me acuerdo de que era muy tímido. He coincidido en varios torneos con él. Y quizá suene un poco raro, pero es un poco friki; si no lo fuera, seguramente no sería tan bueno. Recuerdo encontrarme con él en un ascensor y el tío ni me vio. Le quería saludar, pero te aseguro que no era consciente de mi presencia. Estaba como en otra galaxia.

Recientemente hemos publicado Magnus Carlsen, campeón del mundo. Tuve que analizar cien de sus mejores partidas. Esto, por un lado, me ayudó a conocerlo mucho

mejor; y, por otro, me hizo aún más fan de Carlsen. No de él, sino de su juego. Me fascina. Es un paso evolutivo. Desde Kasparov, que fue el último gran campeón, por decirlo así, hasta Carlsen ha pasado algo.

El otro día me preguntaban quién era el mejor jugador de la historia. Y es Carlsen. Por esto, porque ha evolucionado. Es como comparar un móvil con un ordenador Olivetti de los ochenta. Ha conseguido un juego que de alguna forma integra el conocimiento humano con el conocimiento de las máquinas, y ha conseguido que ese cóctel funcione de forma natural. Nosotros, los de mi generación, o incluso los de la generación de Kramnik, nos hemos acostumbrado a convivir con las máquinas como un mal necesario, casi. Integramos las máquinas en nuestras rutinas: yo estoy en Twitter, me manejo de maravilla, le saco gran partido. Pero no es mi hábitat. Aprendí a escribir con el boli. Carlsen, sin embargo, lo lleva en la sangre. Ha aprendido con los ordenadores. Entonces, integra un cálculo de jugadas que no se ha visto antes, ni siquiera Kasparov o Fischer. Esto suyo nunca nadie lo ha tenido.

Me hacía gracia en una entrevista que leí. Le decían que igualaba partidas de la nada. Y él contestaba: «Bueno, usted cree que están igualadas». A veces ves una partida de Carlsen y te preguntas qué es lo que ha hecho mal el otro, dónde se ha equivocado.

Es verdad que ese estilo profundo, de estrategia que no es comprensible para el resto de los mortales, en Carlsen alcanza una brillantez que se pone de manifiesto de forma esplendorosa. Jugó con Aronian, que es algo mayor que él, y anterior a Kramnik, y es muy curioso, porque está aprendiendo de Carlsen, está adaptando para sí mismo el estilo de Carlsen, el más joven. Fue una partida muy muy buena. Acaba en tablas. Y es tan perfecta que da miedo. Increíble la calidad con la que están jugando.





**Volviendo al tema de la informática, esto de que los niños tienen ahora como hábitat internet, el ordenador... la gran diferencia tal vez sea que para ellos el ajedrez es como un videojuego. Tienen más facilidad para jugar, partidas rápidas, las que quieras. Es casi como un sitio virtual donde desarrollar todos los recursos cognitivos.**

Sí, ha evolucionado, y es curioso cómo el ajedrez se adapta a cada época histórica. En el Renacimiento se cambian las reglas, se hace más vivo. Ahora la vida es más rápida, todo es velocidad, correr, actividad, incluso el periodismo está cambiando. El principal componente de los chavales hoy es la práctica. El ajedrez se ha vuelto mucho más concreto. Mi estrategia seguía más conceptos generales, pero ahora los ajedrecistas modernos van más a la jugada concreta, a actuar. También contribuye a eso el que los ordenadores han puesto el ajedrez en el punto de mira. Ahora ya se sabe que hay finales agotados, hay una gran base de datos. Todo esto está influyendo a los nuevos jugadores: un chaval de quince años tiene acceso a cincuenta mil torneos. Los chavales juegan y juegan y juegan. Carlsen, con veintitrés años, tiene un bagaje espectacular.

Ahora bien, cuando yo veía las dos partidas que ha jugado Caruana en Zurich, al ver los inicios de partida yo ya decía: «Se va a meter en problemas». No sabe algo de lo elemental. Cosas muy básicas como que dama y caballo es mejor que dama y alfil; que el alfil que parece muy bueno puede llegar a ser muy torpe en cierto tipo de estructuras de peones... y todo esto Caruana no lo sabe, y acaba haciendo tablas a base de esfuerzo y de cálculo, cuando yo habría hecho tablas mucho antes.

La escuela sí sirve. Ahora bien, en el ajedrez es más importante el cálculo concreto. Una sola jugada mala echa por tierra toda la partida.

### **El triunfo de la táctica sobre la estrategia.**

Pasa en muchos campos, no siempre la persona más formada es la que triunfa. A veces triunfa el más terco. La pasión, la fuerza... influyen igual que la técnica al final.

**Te iba a preguntar cuáles son las cualidades, desde el punto de vista cognitivo, que ha de tener un Gran Maestro. En lugar de eso, te voy a dar una serie de conceptos para que los comentes. El primero: la atención como recurso cognitivo.**

El ajedrez te enseña a escuchar. Esto lo decía nuestro querido amigo y colega Jorge Wagensberg. Decía que el ajedrez establece un diálogo entre las personas, y si no eres capaz de escuchar, de ver qué quiere tu rival con cada una de sus jugadas, no vas a poder ser nunca un buen jugador. Tienes que estar siempre consciente, siempre despierto. Algo que los maestros hacemos de modo rutinario y que el aficionado no hace: yo cuando hago una jugada tengo un mecanismo, una especie de piloto automático que me hace pararme a pensar si estoy cometiendo un error, si me estoy dejando algo. El ajedrecista profesional, a fuerza de práctica y disciplina, desarrolla una serie de automatismos que mantienen esa atención al nivel necesario para evitar los tropiezos. El ajedrez es muy cruel en ese aspecto: un solo error y te echa por tierra toda una fantástica labor previa.

### **La pasión.**

Para mí la pasión es imprescindible, porque creo que no se puede llegar a ser un gran jugador si no tienes pasión. La pasión es disfrutar. A veces, las palabras las utilizamos sin darles un contenido concreto. Recuerdo que cuando empezaba a jugar, también en exhibiciones, la impresión que yo daba era de estar pasándomelo bien. He conseguido pasármelo bien con mi trabajo. La pasión se puede buscar, se puede perseguir, y está muy relacionada con la felicidad en la vida.

### **La rapidez.**

La rapidez mental es un lujo, no todo el mundo la tiene. En mi caso, no me considero una persona especialmente rápida y brillante. Lo compenso con otras cualidades. Por ejemplo, sé elegir el camino. Ahora casi siempre enfrento un problema del modo adecuado, tal vez me cueste tres segundos más que a otro, pero tal vez ese otro no elige tan bien como yo. Creo que la rapidez está algo sobrevalorada. Es más importante, creo, el acertar con los métodos, cuestiones como la actitud.

### **La belleza.**

Belleza y pasión van muy unidas. Si no hay belleza es difícil que surja la pasión. La persona que juega al ajedrez y no aprecia su belleza es un infeliz en el sentido de que pierde algo muy valioso.

De todos modos, lo decía Carlsen, la belleza no es un objetivo en sí mismo.

### **La lógica, el pensamiento lógico.**

La lógica es imprescindible, por mi naturaleza, en mi caso. Pero he visto a jugadores que llegan al mismo sitio sin usarla. La creatividad y la lógica a veces van unidas, pero a veces la lógica también va asociada a la rutina, que se pelea con la creatividad. La lógica es algo de lo que no se debe abusar.

Recuerdo una temporada, cuando empecé a trabajar con Alexei Shirov: la propia mesa era un caos. Encontrar el tablero, las piezas, el café, el ordenador, papeles por todas partes. «¿Cómo puedes trabajar aquí?». Comenzábamos a trabajar sin orden, sin ningún tipo de programa ni objetivo ni método. Pero los resultados salían. Era su forma de trabajar.

### **La creatividad.**

Casi te lo he dicho ya: marca un poco el punto donde algunos no llegamos. Creo que es algo innato. Puedes pasarte horas buscándola... Es imprescindible. Cuando buscas jugadas buenas casi siempre acabas forzándote a ser creativo. Eso sí, se requiere ser valiente.

### **La valentía, el ímpetu, la audacia.**

Parece que he leído tu guión, voy anticipándome... El valor va asociado, el no tener miedo al fracaso, a la creatividad y un poco a la gestión de las emociones, al éxito. Los jugadores que no asumen riesgos se quedan en un nivel medio. Se puede ser muy bueno, pero no llegar al tope.



**Acabamos la lista con la última de las muchas más que pensábamos preguntarte: saber perder.**

Capablanca decía que se aprende más de una derrota que de cien victorias. Todos de pequeños creo que hemos llorado cuando hemos perdido alguna partida. La derrota en ajedrez duele mucho porque es algo muy tuyo. Además, cuando pierdes sabes que tenías que perder, que es de justicia, no hay paños calientes, no puedes hacer nada. Y es una de las cosas que tiene buenas el ajedrez en la educación. Te enseña a perder.

La única terapia que yo conozco contra la derrota es comprender por qué has perdido. Ahora ya no se estila tanto, pero toda mi vida al acabar la partida hacía el análisis post mortem. Ese análisis, aparte de lo que tiene de ejercicio intelectual es una terapia psicológica. Es algo que si se hace bien, si se logra convertirla en experiencia positiva, es muy valiosa. La derrota son nuestros demonios, nuestro aspecto feo, todo lo que hacemos mal. Y hay que enfrentarse a ella. El ajedrecista acostumbra a convivir con ella, aunque todo el mundo no lo lleva tan bien.

Recuerdo que tuve una época en la que enfermé porque no soportaba la tensión, tuve que aprender a aceptar la derrota. Y empecé a perder. Bajé del puesto treinta al cien, pero mi cuerpo agradeció la renuncia. Mi cuerpo no daba más de sí.

Pero me acuerdo por ejemplo de Kramnik, de la época en que trabajamos juntos, la derrota no estaba en el programa. Era un invitado que no podía entrar en casa. Y de Bobby Fischer es aquello que se cuenta, cuando le preguntaban si perdía, contestaba: «No me hablen de perder, no quiero hablar de eso».

**El Gran Maestro Rowson tiene unos libros maravillosos para mi gusto. Habla de dos cosas que me interesan mucho: una, del sentido cómico de la posición, cómo quedan las piezas del contrario después del mate; otra, que tú también mencionas, es la idea de hablar con las piezas.**

Rowson escribe muy bien, a mí me gusta mucho. Ajedrez para cebras, y otro que es Los siete pecados capitales. Para posición cómica la que tuvo Rowson conmigo [risas]. Jugamos una vez. Él jugaba con blancas y, en un momento dado, en un día inspirado, le monté un enroque largo. Y acabó con los caballos en «a1» y en «b1»... Fue una posición donde todo era absolutamente patético. Igual le inspiré para su libro.

El humor y el ajedrez, ya en serio, tienen poco que ver. No hay espacio para esos caprichos. Recuerdo que tenía un amigo que tenía setenta y cinco años y me llamaba: «¿Cómo puedo mejorar?». Y yo le decía que se tranquilizara ya, que se dedicara a disfrutar, que se divirtiera y dejara de intentar aprender.

Un ajedrecista, igual que un director de empresa, tiene que ser capaz de dos cosas: capaz de ver la posición como un todo y capaz de ver cada elemento de forma individual e independiente, y además de forma simultánea. Una torre quiere una columna abierta. Hay que ver la foto global y la foto de cada uno de los elementos. Las piezas es verdad que tienen mucho que decir, hay que hablar con ellas.

**Conectado con esto, en las simultáneas había un momento en que hablabas con un jugador, había un diálogo. ¿Cuando juegas al ajedrez estás conversando?**

Tristemente, en ajedrez no se puede hablar. Es una de las cosas más difíciles de sobrellevar. Cuando se acaba se tiene la necesidad de comentar cosas. Creo también que por eso el ajedrez es tan interesante a nivel intelectual, porque es un diálogo en el que tenemos que adivinar qué está diciendo el otro. Es una conversación que no para, incesante.

**Cambiamos completamente de rumbo ahora: ajedrez y escuela. Tú tienes mucha experiencia.**

[Se levanta y coge algún libro de una estantería] Esta es nuestra colección, la que editamos aquí en mi escuela. Veréis que hay muchos ejercicios que no son de ajedrez. Es porque pensamos que el ajedrez realmente tiene que servir al ámbito escolar como herramienta de desarrollo intelectual, no para aprender ajedrez porque sea un juego muy bonito, sino porque te da una base para lengua, por ejemplo, para matemáticas, aritmética... Yo ahora lo veía con mi hija, que se ve que en cálculo mental no anda muy bien, y me decía que le tengo que enseñar ya. Cuando cambias una pieza por otra es una operación aritmética, cuando cambias un peón por iniciativa ya ni te cuento lo que eso significa a nivel mental. ¿Qué asignatura te enseña a valorar lo intangible como el ajedrez?

El ajedrez, siendo un juego relativamente simple de enseñar, tiene unos componentes educativos extraordinarios, tanto desde el punto de vista práctico, de formación del carácter, de toma de decisiones, como desde el punto de vista puramente intelectual. Te va a costar encontrar una disciplina que te enseñe lo que el ajedrez de una forma tan limpia. Son dos mil años de historia. Un juego inventado por el demonio [risas].

**¿Qué hilos hay que mover para que el ajedrez pudiera entrar en las escuelas de una manera más directa?**

Bueno, es una cuestión más de tiempo, creo. Y por supuesto de empeño de todos los que estamos en ello. Recientemente, no sé si lo habréis oído, el Parlamento Europeo dictó una resolución por la cual insta a los Estados miembros a adoptar el ajedrez como asignatura lectiva en los centros escolares. Se han dado pasos en muchos países. En Alemania se llegó a monitorizar esa experiencia en un aula. Los alumnos que daban esa hora de ajedrez estaban progresando más claramente en el resto de asignaturas y una serie de capacidades que se medían que los que no tenían esa hora semanal.

En España, en la Universidad de la Laguna, se publicó un estudio fantástico que incluso iba más allá, profundizaba en cuestiones de gestión emocional de los chavales, no solamente las puramente intelectuales. Los resultados fueron muy positivos. Las evidencias están ahí. Es además un deporte muy barato. Pero hace falta voluntad política, y ahí ya... Este tipo de iniciativas en educación están trasferidas a las CC. AA., con lo cual han de ser aprobadas por mucha más gente. Las cosas de palacio van más despacio. Sería fundamental, permitiría enfoques pedagógicos nuevos. Fijaos en que el título de colección es «El ajedrez enseña a pensar».



**Relacionado con lo que acabas de decir, en 2012 publicas el libro Jaque Mate en donde intentas analizar estrategias de pensamiento y acción para emprendedores. Me ha gustado que tu planteamiento va más allá de las analogías básicas con el ajedrez y lo que trata más bien es de utilizar la manera de pensar que exige el ajedrez para poder descubrir qué planes de futuro necesitas en tu negocio o en el mundo real.**

Es un libro que escribí con mucho cariño.

**Se nota.**

Sí, bueno, pero lo escribí también atendiendo a una serie de requisitos que me hizo llegar el editor. Lo tenía que entregar en mayo, y me costó mucho. Lo conseguí, sí, pero en mayo del año siguiente... [risas]. Fue un problema, creo que perjudicó al libro, el que me dieran una extensión a la que tenía que acomodarme. Luego traté de acortarlo y al final queda muy esquelético, muestra las ideas desnudas... y esto vale para según quién. Se podía haber trabajado mucho más. Hay quien me ha dicho: en este libro das muchas ideas, y solo con una de ellas podía haberse hecho un libro. Aunque tenía que estar en principio más orientado a la empresa acabó siendo algo de carácter mucho más general. Como soy tan puñetero conmigo mismo, como no me gusta hablar de lo que no sé, quise hacerlo todo yo. Y como tengo ciertas limitaciones en ciertos campos, estas acaban apareciendo en el libro. No usé a nadie. Es un libro muy sintético, con muchas anécdotas. Creo que para alguien interesado por conocer a un ajedrecista, el mundo del ajedrez por parte de alguien que lo ha vivido sí es interesante en el sentido de que va a encontrar un montón de ideas que luego hay que ver cómo se desarrollan.

**Cuéntanos cómo estás viviendo esta experiencia de la empresa utilizando los recursos del ajedrez.**

El mundo real es mucho más complicado que el ajedrez. Esto lo discutía una vez con Kramnik, que decía que el ajedrez era lo más difícil. En el ajedrez los muñecos van donde les dices, hay unas reglas. En una empresa intervienen elementos que no son cuantificables o medibles. Aunque lo hago con mucho interés, lo cierto es que me genera mucho trabajo el tener que dar charlas y demás. No tengo recetas milagrosas. Me gusta más cuando me invitan a dar charlas sobre ajedrez e inteligencia emocional. Esto lo domino mejor. Pero llevar el mundo del ajedrez a la empresa es algo que no lo puede hacer cualquiera. Lo seguiré haciendo, porque me gusta, y creo que tiene un valor.

**Ya estamos llegando al final: ajedrez y ordenadores. Has sido testigo de excepción, ¿cómo fue la experiencia desde el punto de vista personal, el verse metido dentro de un mundo de científicos locos programando sus algoritmos y tú, como Gran Maestro, dándoles ideas?**

Son dos años de mi vida que yo suelo resumir en conferencias de dos horas. Ahora me pides que lo haga en dos minutos... En el libro hablo bastante de este tema. Fue una

experiencia fabulosa. Ahí aprendí qué es trabajar para una gran empresa. Trabajar para IBM fue increíble, la cultura del trabajo, el respeto, los medios con que se contaba... Cuando llegó el día D yo estaba absolutamente maravillado. Había una chica de comunicación que era la que de verdad cortaba el bacalao y te miraba y te chistaba: «Chst, no te rías, ¿eh? Nosotros somos una empresa seria» No querían aparecer como los malos. ¡Y me lo pasé tan bien! Aparte, fui testigo de un hecho histórico. Sentí pena por Kasparov, jugó muy muy bien. Para mí era el mejor jugador. Tenía sangre, era de carne y hueso. Era como ver a un monstruo desvalido.

Lo cierto es que se hizo un gran trabajo. Yo puse mi granito de arena... pero ahí Murray Campbell, por ejemplo, supo transformar en números conceptos ajedrecísticos. Conseguimos hacer cosas pioneras.

Os pongo un ejemplo. Vosotros que jugáis ajedrez lo vais a entender: ¿Cuánto vale un caballo? Vale tres peones. Pero si yo tengo una casilla débil cerca de mi rey, tu caballo, aunque esté lejísimos, ya no vale tres. Es un enemigo que ahora vale mucho más. Esto se te tiene que ocurrir, lo tienes que saber programar... Deep Blue fue el primer proyecto donde la tecnología alcanza su máximo esplendor: vamos a meter ideas humanas en un robot.

Los programas actuales, que calculan millones de jugadas por minuto, si tú les quitas el conocimiento lógico de estructura de peones y de patrones que durante estos últimos años se han ido acumulando no jugarían tan bien.

**Eso que dices es muy interesante porque sabes que en la inteligencia artificial la programación de ordenadores siempre fue por los dos caminos: la fuerza bruta y la heurística basada en conocimiento. Y lo que dices ahora es que finalmente ha sido la integración de los dos caminos lo que ha hecho que realmente se pudiese lograr el triunfo total.**

El precursor fue Deep Blue, y el sucesor es Magnus Carlsen [carcajada].

**Creo que si jugara ahora Carlsen con Houdini, desde mi perspectiva, no podría hacer nada. ¿Qué piensas tú?**

Es una pregunta interesante. Creo que las máquinas están sobrevaloradas. Llega un momento en que hoy en día cualquier aficionado enseguida dice: «tiene la partida ganada». Y no, a ver, la máquina da una valoración de +1.5 pero con un buen juego resulta que acaba con un caballo contra rey, que está fuera del horizonte de la máquina, y no está ganada, la partida acaba en tablas. Muchas veces se trata injustamente a los jugadores. Y yo, modestia aparte, que soy un experto en interpretar el juego de la máquina, la relación con el humano y tal, veo que casi siempre somos injustos con los jugadores, que muchas veces tienen ellos razón. El problema es que el ajedrez es un deporte y como tal premia la regularidad, el cansancio se paga. Carlsen podría hacer tablas con Houdini. Ganarle no.



Los errores que comenten las máquinas son tan imperceptibles, y luego la defensa es tan tenaz, que está más allá de la capacidad del ser humano.

**Hay todo un equipo humano que ha sabido plasmar un conocimiento.**

Me gustaría que todo ese trabajo sirviera para algo. No sé si conocéis ese cuento, creo que es de Asimov, donde preguntan a la máquina si existe Dios, y contesta: «Ahora sí».

**Juego, arte, ciencia... ¿Con qué te quedas?**

Antes, cuando me ibas a preguntar qué se requiere para ser Gran Maestro, te iba a contestar que de esos tres tienes que tener dos muy buenos. Si tienes dos de tres eres alguien. Con uno solo no basta. Yo soy sobre todo científico, un científico que intenta dar valor al componente humano, por mi trabajo y por toda la experiencia que he vivido. Valoro mucho el arte en ajedrez, aunque me cuesta producirlo. Y, desde luego, soy un gran competidor. Es muy difícil decidir. Soy científico, ya lo he dicho.

**Con qué definición de ajedrez te identificas más, ¿con la de Lasker de lucha, con la de Fischer de vida, la de Tarrasch de felicidad?**

Desde luego con la de Fischer no. Siempre tuve claro que el ajedrez era una parte de mi vida pero no mi vida entera. Ahora que tengo una hija aún más. Soy un gran admirador de Lasker, por su aportación, porque jugaba también al bridge, me gusta que supiera de algo más que de ajedrez, yo juego al blackjack, me siento identificado tal vez... Creo que me quedo con la suya. La lucha.

**¿e4 o d4?**

Tengo una revista que se llama Peón Rey. Creo que es la mejor jugada, matemáticamente. El peón de rey se dirige él solo al abismo.

**En el último campeonato de España, te enfrentas a Olga, tu mujer. Si ganas vuelves a alzar la copa de campeón, si haces tablas no, pero tu mujer puede entonces conseguir norma de Gran Maestro. Tus tablas con Olga, en el campeonato de España, ¿es un éxito en la vida?**

[Risas] Mi matrimonio es un éxito en la vida, sin duda.



Fotografía: Jorge Quiñoa

**pdf. Prof. José Luis Matamoros**